

no me diera una hora
tan plácida, cual siente
mi alma anegada en el placer de agora.

Y del penar del día
los recuerdos aun vagan por el alma ;
blanda melancolía
las pesadumbres calma
de un pecho que rehusa la alegría.

Que ni un solo latido
no diera él de esperanza ni consuelo
con mundanal ruido :
y acreciendo mi duelo
me sintiera más triste y dolorido.

Pesado compañero
no alivia el corazón, ¡querida lira !
á ti sola te quiero,
y escuchar cuál suspira
tu cuerda con acento lastimero.



EL CASTILLO

En sitio muy sombrío,
en retirado albergo
levántase un castillo
en medio de un desierto.

Una encumbrada torre
se divisa de lejos
y sus bronces despiden
tal vez algún reflejo.

En torno al edificio
sus huellas dejó el tiempo,
que ya el color presenta
cual hoja de árbol seco.

Rodea sus almenas
el más hondo silencio,
que sólo le interrumpen
los silbidos del viento.

En él mora encerrado
un noble caballero,
que no hallara en la tierra
á su dolor consuelo.

La noche el mundo envuelve
en tenebroso velo,

mas no lleva el alivio
á su afligido pecho.

Á sus cansados ojos
el apacible sueño
ni tan sólo un instante
les otorgara el cielo.

Mil veces se revuelve
por el mullido lecho,
que su alma despedazan
despecho, amor y celos.

Y reina en los salones
el más hondo silencio,
y las lámparas arden
con sepulcrales fuegos,

Y despiden apenas
resplandor tremulento
que vaga por la cumbre
de artesonado techo.

Sus sombras ondulantes
cubren el pavimento,
cual si por él vagaran
fantásticos espectros.

El paladín suspira
tal vez de trecho en trecho,
y sus ayes repiten
pavorosos los ecos,

Y revuelve en su mente
mil sombríos recuerdos,
si del viento en el silbo
percibe un son funesto;

Y si ferrada puerta
se cierra con estruendo,

atronando el castillo
con bramido siniestro,

Se levanta al instante,
llamando al escudero
que el caballo y las armas
aprestara muy luego.

Ruido percibióse
que anuncia lance fiero,
presagio en esta noche
de algún terrible encuentro.

De pesada armadura
su cuerpo está cubierto,
y lleva en la cabeza
capacete de fierro.

El estribo le tiene
Gonzalo con respeto,
y monta el paladín
con aire el más ligero;

Y resuenan sus armas
y su arreo de acero,
y sus ojos fulguran
con vivo centelleo.

Con su brillo contrasta
su semblante moreno,
cual á veces los rayos
vibran por cielo negro.

.....



EL RÍO DESBORDADO

Rompe diques el río caudaloso,
Cuanto encuentra arrebatada en su corriente,
Las columnas quebranta de alto puente
Con mugido bravío y resonante.

Salta el cauce, dilátase espumante,
Tala mieses, arrasa las praderas:
Labradores pasmados
Quedan yertos al pie de sus arados.

En vano con mil voces lastimeras
Ven y lloran sus campos anegados;
Sigue el río el destrozo con braveza,
Su esperanza arrastrando y su riqueza.

¡Qué fuera de frondosos arbolados!
¡Qué fuera de riquísimas campiñas,
Del olivo, de mieses y de viñas!
¡Qué fuera de las vegas tan amenas!

Del ganado, las aves y colmenas,
Que inundaban de plácida esperanza
Al labrador cansado,
¡Infelice! de nada ha aprovechado.

Tanto afán y sudor en la labranza
¡Todo fué en un momento destrozado!
Sólo quedan montones de zarzales,
Hondas cavas, pedriscos y arenales.

.....

FRAGMENTO DE UNA ODA

CONSAGRADA AL PARECER

Á LA AFLICCIÓN Y Á LOS RECUERDOS

Vuelve á mí, lira mía,
consuelo de los míseros mortales;
blanda melancolía
me inspira para alivio de mis males.

Que cual rápido viento
pasaron los instantes de mis dichas,
y el gozo y el contento
me robaron crüeles mis desdichas.

Y cual la espuma leve
que rizando las olas de la mar
desaparece en breve,
tal fuera mi placer y mi gozar.

Y recuerdos sombríos
¡infeliz! me quedaron solamente,
cual leves desvaríos
se agitan y revuelven por mi mente.

Y de cercana muerte
la imagen espantosa no me aterra,
que en tan adversa suerte
consuelo no hallaré sobre la tierra.

.....

EL HUÉRFANO

A merced del crudo invierno,
á la orilla del camino,
estaba solo y sentado
un infeliz huerfanito.

La noche pasó al sereno
y tiritando de frío,
que sus carnes cubre apenas
el andrajoso vestido.

Van pasando caminantes
que le miran con desvío,
y algún mendrugo de pan
pide en vano el pobrecito.

Lloroso se lo demanda
por amor de Jesucristo,
por el amor de la Virgen
y por su parto bendito;

Y viendo que no le escuchan
los pechos endurecidos,
comienza á cantar su pena
con acento muy sentido:

Por Dios y la Virgen
habed ¡ay! piedad

de tal desamparo
en tan tierna edad.

Al nacer yo al mundo
mi madre murió,
su beso amoroso
mi faz no sintió.

Por Dios etc.

De pecho comprado
la leche chupé,
y en tiernos arrullos
jamás la probé.

Por Dios etc.

El seco mendrugo,
que acaso cogí,
con boca sangrienta
por hambre comí.

Por Dios etc.

La nieve en invierno,
del frío el rigor,
después me atormenta
del sol el ardor.

Por Dios etc.

En llegando á decir esto
desfallece el huerfanito,
apenas tiene ya aliento
para dar algún suspiro.

Amortiguados sus ojos
han perdido ya su brillo,

cual si implorara socorro
aun extiende su bracito.

Ya que bárbaros los hombres
socorrerle no han querido,
en sus brazos le ha llevado
un ángel al paraíso.



EL SUEÑO DEL POETA

Dormido en placidísima dulzura,
La cabeza inclinada blandamente
Cual delicada flor,
Imita la bellísima postura
Del niño que reposa mansamente
En regazo de amor.

El pensar en su frente aún oscila,
Y sus labios derraman con murmullo
Versos que dijo ayer;
Como en flor, que reposa muy tranquila
Replegada en las hojas del capullo,
Asoma el rosicler.

Cual del arpa las cuerdas resonantes
Retiemblan con finísimo zumbido
En pos del alto son;
Y sus ecos revuelan ondulantes
Divagando con lánguido sonido
Por alzado artesón.

Sueña que ve descender
en lluvia de luz y plata,
que en cristales se desata
de matizado color,

un ángel de formas bellas
 un celeste mensajero,
 con diadema de estrellas
 del más puro resplandor.

La cabellera tendida
 sobre los hombros flotante,
 do el riquísimo diamante
 va engarzado con desdén;
 y las rosas de la aurora
 matizan su tez lozana,
 y el fuego de la mañana
 vibra rayos en su sien.

Sus bellas formas encubre
 franja hermosa y peregrina
 blanca, azul y purpurina,
 ropaje de serafín;
 y sus alas desplegadas
 con armónico zumbido
 lucen bello colorido
 de oro, nácar y carmín.

Y con una caña de oro,
 que lleva en manos hermosas
 contorneadas y donosas
 como labor de marfil,
 toca del poeta los labios
 y sopla sobre su frente
 con el oloroso ambiente
 exhalado de un pensil.

Entonces córrese el velo
 que encubría la hermosura
 de magnífica natura
 que viera antes con frialdad,

y el cielo se desenvuelve
 cual pabellón azulado
 de pedrería sembrado
 con sublime majestad.

El silencio de la noche,
 como el bullicio del día,
 todo marcha en armonía
 y en concierto divinal;
 oye el poeta enajenado
 son que armónico divaga
 y de placer embriaga
 al infelice mortal.

Entonces raptos sublimes
 en su pecho siente el poeta,
 y escucha una voz secreta
 que le convida á cantar;
 y él derrama de sus labios
 mil acentos de armonía,
 un raudal de melodía
 siente en su pecho brotar.

De mil flores matizado
 el más lozano ramaje
 no alcanza de su lenguaje
 la hermosura y variedad;
 ni en esplendor y riqueza
 del potentado de oriente
 el manto resplandeciente
 con lujosa majestad.

En la rica fantasía
 se suceden los matices
 como elegantes tapices
 de bella decoración;

cual solía un caballero
en un castillo encantado
encontrar endoselado
algún brillante salón.

Y en torno revolotean
leves grupos que se agitan,
corazones que palpitan
contando al poeta su mal;
y el poeta su mal escucha
y aligera su tormento
contestando con acento
de una voz angelical.

En el desierto lejano
de la cascada el ruido
es un mágico bramido,
mensaje de tempestad;
y el murmullo del arroyo,
el leve soplo del viento
es el sentido lamento
de virgen en soledad.

La verdura de los prados,
el aroma de las flores,
sus elegantes colores
y su tierna languidez,
todo respira á sus ojos,
todo tiene aliento y vida,
si ve flor descolorida
le duele su palidez.

Del polvo de viejos siglos
evoca mil personajes
con los magníficos trajes
con que el fausto los ornó;

y agrupados en contorno
van refiriendo su historia,
recordando á la memoria
cosas que el mundo olvidó.

¡ Ay del poeta ! si se obstina
en proseguir en su canto
cuando pasado el encanto
desparece la visión;
cual se arrastra por el suelo
cubierto con polvo vano
con fatiga el vil gusano,
así será su canción.

